

Y con la llegada de la noche, encontramos a la Hermandad más popular de Granada, que hoy ya camina. La que casi dejó de vivir a causa de una sanción que, no discutimos que fuera justa, pero que, sin duda, va a ser la más grave de cuantas han conocido las Cofradías granadinas en esa insólita etapa, que no sé quien la inventó, de sanciones, que parece ser, gracias a Dios, ya terminó. Porque todas las Cofradías pertenecen a Granada, a su pueblo, y no se le puede privar de su presencia. Y en especial la de los Favores que goza con más relieve que otras del carácter popular, no exento de devoción, que las anima. De sancionar a alguien, que no encaja dentro de nuestro sentido cristiano, hay que hacerlo en las personas, nunca, jamás, en las Hermandades.

Y ante nosotros, el Cristo de Granada, ese Cristo que recibe más rezos, visitas y peticiones, durante todo el año, que ningún otro, en ese rincón sin igual del Barrio del Realejo que es el Campo del Príncipe, representado en esa maravillosa obra escultórica que es el Santísimo Cristo de los Favores, de Baltasar de Arce, que cada año, cuando la primavera reina en nuestra ciudad, cuando toda la naturaleza es serenidad, equilibrio, aroma y luz, sobre un monumental monte de claveles rojo sangre, nos regala la visión renovada de su muerte.

Un Crucificado lleno del alma y devoción de Granada, un Cristo nuestro por excelencia, que muestra su muerte entre yerbabuena y albahaca. Un Cristo que es capaz, y lo hace, de transformar su cruz de martirio en el mayor trono de gloria, desde donde imparte miles de Favores a los granadinos.

Y detrás, la Misericordia! Casi ná.

Devoción multitudinaria de un barrio, del barrio más barrio de Granada, alzado en favor de la belleza, traspasada por el dolor, de la más hermosa de las mujeres, de María Santísima de la Misericordia, de la Escuela de Mora, guapa entre las guapas, que camina, acompañada del clamor de sus hijos, entre blancuras de plata y flor, bajo un espléndido palio, que es un auténtico compendio de elegancia y hermosura, como su lindo rostro moreno, símbolo del espíritu y la gracia de esta ciudad tan nuestra.

Cuando la vemos pasar por el Realejo, camino de su capilla, cuando la vemos llorar desconsoladamente bajo su palio de oro y encaje, cuando la oímos hablar, porque Ella habla, ¿Quién dice lo contrario?, con sus hijos, a los que el cariño popular llama "greñúos", quisiéramos ser cirio encendido para arder sin consumirnos a sus plantas, quisiéramos ser clavel aunque sólo tuviéramos sitio en el techo de su palio, donde, no la veríamos, es verdad, pero la sentiríamos tan cerca, que nos reiríamos de las estrellas, que tendrían que contentarse con estar más lejos de Ella que nosotros.

¡Madre mía de la Misericordia, Eres el más bello lucero de pena que brilla más que el sol, Eres lágrima de cristal fino bajo palio, Eres Ave María dolorosa entre las doce varas de nardo de tu palio azahar y oro!